

## PALABRAS PRELIMINARES

La reciente jubilación del Profesor Dr. Don Antonio Melero Bellido, Catedrático de Filología Griega en la Universidad de Valencia durante no pocos e intensos años, nos ha movido a colegas, discípulos y amigos a fletar este volumen de nuestra revista *Studia Philologica Valentina*, dedicado, como el lector verá, a uno de los temas preferidos por él: el Teatro Griego en cualquiera de sus distintas manifestaciones y modalidades. Se ha optado, pues, y a diferencia de lo que es usual en otros homenajes similares a éste, por dar al nuestro un carácter monográfico que a nadie puede ni debe extrañar. Sabemos —y así nos consta porque ellos mismos nos lo han hecho saber— que muchos colegas, discípulos y amigos han querido colaborar en estas páginas, pero el hecho de que no fuera de carácter misceláneo se lo ha impedido. Su voluntad y afecto han quedado patentes en la nutrida *Tabula Gratulatoria* que recoge sus nombres y demuestra su amistad.

Me ha correspondido a mí —no por ser Director del Departamento de Filología Clásica de la Universidad de Valencia sino porque de todos los profesores que lo integran soy el que más años hace que conoce al Profesor Don Antonio Melero— poner como frontispicio estas pocas —pero sentidas— palabras que lo abren. Conocí al Profesor Melero en el ya muy lejano otoño de 1970, en la Universidad de Salamanca, donde él era un muy joven profesor y yo, un aún más joven estudiante. Elena, su mujer, que había terminado su Licenciatura en Filología Moderna (especialidad de Francés), se había matriculado en nuestra especialidad y era compañera nuestra de curso. Lo que nos permitía tener un trato directo con Antonio que, de otro modo, no habiéramos llegado a tener. Recuerdo que estuve presente en la defensa y lectura de su tesis, que era, en la Salamanca de la época y en la escuela de la que Antonio procedía —la de Don Martín Sánchez Ruipérez— lo que podríamos considerar un *hápx*, pues, en vez de versar sobre temas de lingüística griega (vocalismo, consonantismo, dialectos, la teoría laringal, tan debatida entonces, métrica o cualquier otra cuestión de similar jaez que abrían el acceso rápido hacia la cátedra), Antonio se arriesgó —empleo este verbo sabedor de cuanto significa— se arriesgó, digo, a estudiar un tema de filosofía y literatura a la vez, de ideas y de teatro, algo de verdad bastante

insólito en aquel lugar y en aquellas calendas. Para admiración de propios y de extraños, salió no sólo indemne de aquel casi subversivo acto filológico sino reconocido y elogiado además. Lo que a quienes éramos un poco más jóvenes nos abrió los ojos a una Filología Clásica distinta y diferente, en la que el estudio profundo de las relaciones entre las ideas y la literatura era algo que también se podía —e incluso estaba permitido— investigar. Seguimos en contacto durante los tres años que pasé en Salamanca y supe por Elena —que me lo contó en un viaje de autobús a Zamora, donde ella enseñaba Francés en el Instituto y yo hacía en el cuartel del Regimiento Toledo 35 de Defensa contra Carro, mis prácticas como Alférez de Milicias Universitarias— que Antonio, en el otoño de 1973, se encontraba opositando. Luego me fui, becado a Alemania, y, en el ínterin, creo que en 1974, obtuvo en y por brillante oposición la plaza de Profesor Agregado Numerario de Filología Griega de la Universidad de Valencia, a la que —y esto hay que decirlo— se mantuvo siempre y desde entonces fiel. Los complejos mecanismos que entonces regían los llamados «traslados» y que —por una de aquellas carambolas burocráticas que, por su proximidad al esperpento, con el que limitaban, sería mejor llamar «valleinclanescas»— le llevaron a ser —sobre el papel del Boletín Oficial del Estado— Catedrático de Filología Griega de la Universidad de La Laguna y al Profesor Dr. Don Máximo Brioso —también sólo sobre el papel— a serlo de la de Valencia. Y todo ello, sin moverse ninguno de su sitio: así de sabio era el Ministerio de Educación y Ciencia, y así de *polytropoi* eran aquellos Rectores que, con ayuda de su potente y poderosa maquinaria, eran capaces de anular el espacio y, en algunas ocasiones, hasta el tiempo. De modo que, en cuanto las misteriosas bolas burocráticas dejaron de moverse sobre el verde tapiz de aquel complicadísimo billar, Máximo Brioso pasó a ser Catedrático de la Universidad de Sevilla, y Antonio Melero, de la de Valencia. De lo cual nos alegramos todos, porque, gracias al tesón, la labor y el reconocido magisterio de Antonio pudo haber aquí especialidad de Filología Clásica, algo en mi juventud por completo impensable. Esto, de por sí, bastaría para justificar este merecidísimo homenaje, que no sólo es a él sino también a Elena, su mujer, y a sus hijos, alguno de ellos nacido en nuestra ciudad, y que propiciaron el que el profesor Melero decidiera quedarse en Valencia, en cuya Universidad, durante más de cuarenta años, ha prestado servicio. En esos más de ocho

lustros ha impartido clases e investigado, dirigido tesinas y tesis doctorales, trabajos de grado y de máster, ocupado cargos académicos, organizado Jornadas, Seminarios y Congresos, presidido la Sección de la Sociedad Española de Estudios Clásicos y creado una escuela especializada en el estudio de teatro griego, de la que son claros representantes la Profesora Dra. Carmen Morenilla y el Profesor Dr. D. Jordi Sanchis, ambos discípulos suyos y reconocidos especialistas hoy en los campos del teatro griego que cada uno de ellos estudia. Por todo ello el Departamento de Filología Clásica de la Universidad de Valencia, cuando se aproximaba la fecha de su jubilación, decidió por unanimidad solicitar su nombramiento como Profesor Emérito, iniciativa que de inmediato fue aceptada y refrendada por varios Departamentos de nuestra Facultad, por la Junta de la misma y por la Junta de Gobierno de nuestra Universidad, y en esto quiero dejar constancia del relevante papel desempeñado tanto por la Profesora Morenilla como por nuestro Decano y colega, el Profesor Carles Padilla, que supieron presentar y defender nuestra propuesta con tan sólidos argumentos como firme convicción.

Al entregarle hoy este volumen de estudios dedicados a él y a su ingente labor como docente e investigador, el Departamento de Filología Clásica de la Universidad de Valencia quiere dejar claro testimonio de la enorme deuda contraída con quien durante tantos años nos ha acompañado como colega, compañero, maestro y amigo, alentándonos en nuestros trabajos, guiándonos en ellos y prestándonos siempre el apoyo de su sabiduría, afable trato y amistad, a todo lo cual hoy, aunque sea muy modestamente, correspondemos.

Querido Antonio: sabes que esto significa un siempre y no un adiós. Tu ejemplo y tu dedicación han dejado huella en todos nosotros, y hoy hay alumnos de alumnos tuyos, que saben que sus conocimientos tienen su origen en ti. Recibe, pues, con nuestro afecto siempre demostrado, esta muestra de agradecimiento y reconocimiento de y a lo mucho que, durante muchos años, hemos ido recibiendo y aprendiendo de ti.

JAIME SILES  
*Universitat de València*

